

Número 47-48 • diciembre 2017-enero 2018

tiempo en la casa

Suplemento de la revista *Casa del tiempo*



Nikos Kazantzakis: “España fortificó mi corazón”

Guadalupe Flores Liera



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

María Guadalupe Flores Liera (Ciudad de México, 1961). Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Publicaciones: *Antología poética. Jaime Sabines* (1994), *Lo sagrado en la poesía de Jaime Sabines* (1996). Poesía: *Atravesar la noche* (2001), *El sitio donde nada se levanta* (2004), *Una espera infinita* (2006), *Mar de vana esperanza* (2011), *Alba de otra jornada* (2014). Novela: *Andamios* (Herodotos, Atenas, 2016). Ha traducido a Nikos Kazantzakis, Vasilis Vasilikós, Niki Ladaki-Filippou y Vasos Lyssaridis, entre otros. Colabora con diversas publicaciones impresas y electrónicas.

Rector General: Eduardo Abel Peñalosa Castro. **Secretario General:** Norberto Manjarrez Álvarez. **UNIDAD AZCAPOTZALCO Rector:** **Secretaria:** Norma Rondero López. **UNIDAD CUAJIMALPA Rector:** Rodolfo René Suárez Molnar. **Secretario:** Alfonso Mauricio Sales Cruz. **UNIDAD IZTAPALAPA Rector:** José Octavio Nateras Domínguez. **Secretario:** Miguel Ángel Gómez Fonseca. **UNIDAD LERMA Rector:** Emilio Sordo Zabay. **Secretario:** Darío Guaycochea Guglielmi. **UNIDAD XOCHIMILCO Rectora:** Patricia Emilia Alfaro Moctezuma. **Secretario:** Guillermo Joaquín Jiménez Mercado.

Tiempo en la casa, número 47-48, diciembre de 2017-enero de 2018, suplemento de *Casa del tiempo*,

Revista mensual de la **UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**

DIRECTOR: Francisco Mata Rosas. **SUBDIRECTOR:** Bernardo Ruiz. **COMITÉ EDITORIAL:** Laura Elisa León, Vida Valero, Rosaura Grether, Erasmo Sáenz (†), María Teresa de la Selva, Gabriela Contreras y Mario Mandujano. **COORDINACIÓN Y REDACCIÓN:** Alejandro Arteaga, Jesús Francisco Conde de Arriaga. **JEFE DE DISEÑO:** Francisco López López. **DISEÑO GRÁFICO Y FORMACIÓN:** Ma de Lourdes Pérez Granados.

Nikos Kazantzakis:
“España fortificó
mi corazón”

Guadalupe Flores Liera



Nikos Kazantzakis el viajero

EN POS DE LA LÍNEA ROJA QUE EL ESPÍRITU TRAZA a su paso por la delgada cáscara de la Tierra —como acostumbraba decir—, el escritor griego Nikos Kazantzakis (Heraclión, Creta, 18 de febrero de 1883 - Friburgo de Brisgovia, 26 de octubre de 1957) realizó su primera incursión a España en 1926. Sería el primero de cuatro viajes: tres de indagación y trabajo (1926, 1932 - 1933, 1936), y el último de carácter estrictamente personal (1950), para despedirse de su abuelo espiritual El Greco y de la tierra de su corazón, en compañía de su esposa Eleni.

Para Kazantzakis el viaje no representaba una aventura más, no era una experiencia vana a la que podía acceder gracias a su relación con importantes personajes de la política o con editores, tampoco fue una oportunidad de hacer turismo. El viaje y la confesión, la introspección y la observación, la piratería espiritual e intelectual y el autoconocimiento —al hundirse “en el peregrina hueste humana”— eran para el escritor cretense actos sinónimos.

Kazantzakis fue un explorador de la existencia humana, un investigador consciente de las diferentes coyunturas históricas, que supo dar cuenta en cada oportunidad de las razones que lo llevaban a elegir una determinada dirección geográfica: quería estar presente en la ciudad que se convertía en el centro de la agitación política y de la vida intelectual en un momento dado para tomar el pulso de la dirección que elige el espíritu y, tras un minucioso análisis, dar cuenta de ello a sus semejantes. El periodismo y los libros de viaje son una parte muy importante en el conjunto de su obra porque le permitieron transmitir de manera amplia e inmediata el conjunto

de sus reflexiones, y porque enriquecieron el resto de su creación al proporcionarle otra panorámica de los hechos.

En aquella época un viaje no era una actividad accesible al común de las personas. En ocasiones, Kazantzakis tuvo que vencer a su suerte para traspasar las fronteras, sabedor, al elegir un destino y luchar por encontrar la forma de trasladarse a él, de que se convertiría en testigo de un momento histórico —en qué punto del globo y cómo el intelecto lucha por dejar su huella— y de que su responsabilidad ante sus contemporáneos era enorme.

Y esta huella no fue siempre el resultado del producto deslumbrador de la creación humana, sino también de la destrucción. Kazantzakis viajó por todos los sitios sobre los cuales las miradas del mundo se concentraron durante la primera mitad del siglo xx en busca de respuestas sustanciales para la humanidad. Vivió de cerca la forma en que algunas sociedades intentaron cambiar su destino y comunicó a sus semejantes en páginas estremecedoras y penetrantes el producto acrisolado de los cientos de notas que tomó. Rusia, Alemania, Italia, Jerusalén, Palestina, Inglaterra, Chipre, China, Japón son algunos de los países sobre los que dejó testimonios sorprendentes. Sus libros de viajes circularon bajo el título genérico de Viajando.

Kazantzakis y España

1926: el primer viaje

Kazantzakis partió del puerto del Pireo en el vapor “Attikí” [Ática] el 26 de agosto de 1926 con destino a Marsella y cruzó por primera vez los Pirineos en tren cinco días más tarde, la madrugada del 1º de septiembre, bajo una terrible tormenta.

De la agitación que precedió a este primer viaje y sobre la fecha y condiciones en que se realizó contamos con el testimonio de su entonces compañera y posteriormente esposa, Eleni Samíou-Kazantzaki, quien describió con lujo de detalles muchos años después, en una biografía basada en cartas y textos inéditos, cómo Kazantzakis despejó su mesa de trabajo de todo lo ajeno al nuevo destino y la “llenó de España”.¹

Después de la enorme repercusión de sus impresiones sobre Palestina y Chipre, publicadas en 1926 en *Eléfheteros Typos* [Prensa Libre] —diario ateniense matutino de tendencia liberal que suspendió su publicación en 1927—, el editor Diomidis

¹ Eleni N. Kazantzaki, *Νίκος Καζαντζάκης. Ο ασυμβίβαστος. Βιογραφία βασισμένη σε Ανέκδοτα Γράμματα και Κείμενα του*, 2ª. edición, edit. Eleni N. Kazantzaki, Atenas, 1983. Cf. pp. 173 y 179. (Existe traducción al español como *Nikos Kazantzakis. El intransigente*, Planeta, 1972, pero no se menciona al traductor). En adelante sólo como *El intransigente*. La paginación coincide con el original en griego, de donde tomamos y traducimos las citas.

Kavafakis, satisfecho de los resultados, le propuso al autor una serie sobre el país de su preferencia. Sin dilaciones, Kazantzakis eligió España.

Regresaría convencido de que muchas razones lo unían espiritualmente a ella, amó el temperamento que se avenía perfectamente al suyo y, por encima de todo, amó la llama que consumía al país que luchaba por cambiar su rumbo y escapar al oscurantismo de las instituciones obsoletas que impedían su florecimiento intelectual.

Sin embargo, las razones que lo llevaron a volver sus ojos a un país tan lejano para las condiciones de su época estaban ligadas tanto a sus recuerdos de infancia como a la convicción de que España se estaba convirtiendo en el centro de la preocupación mundial. Mucho antes de materializar su sueño, Kazantzakis mantenía ya con ese país una relación peculiar. Un anhelo acariciado desde la infancia de conocer la que sentía como patria de sus antepasados, sobre todo de El Greco, a quien consideraba su abuelo espiritual, lo empujaban a vivir de cerca las razones que habían impulsado al pintor cretense a elegir por patria ese lejano país. Amante de la lectura, conocía desde niño las obras de Cervantes y santa Teresa, así como la vida de Cristóbal Colón, que había quedado ligada también a España.

Existen muchas semejanzas con la historia de Grecia de finales del siglo XIX que hacían que Kazantzakis sintiera a España como un país hermano: “A nivel nacional, la derrota de Grecia en 1897 y la humillación de España en 1898. La presencia de Eleftherios Venizelos en el escenario político griego y los similares sacudimientos, prácticamente simultáneos, del régimen español, coinciden con los desastres de consecuencias semejantes que sufrieron tanto Grecia en Asia Menor como España en el norte de África. En ambos países los cambios internos y las reestructuraciones detonaron no sólo el descontento popular y las movilizaciones, sino que impusieron tormentosas interrogantes acerca de la identidad, la expresión y los puntos de referencia”.²

Luego de una copiosa investigación, Kazantzakis parte para un primer encuentro con un país que lo magnetiza y que durará aproximadamente tres semanas, ya que el 28 de septiembre de 1926 escribe desde Pisa a su compañera Eleni Samíou y rememora, mientras contempla la gracia del arte italiano: “Todas estas bellezas, ¡qué contrarias resultan a la rudeza y a la llama españolas! [...] Recuerdo a El Greco. ¿Cómo puedo amar todas estas bellezas, después de la tremenda embriaguez divina del cretense? [...] yo grito al unísono del duro jerarca español que le decía a Felipe: ‘Hagamos un templo tal que nos tengan por locos!’³ [...] La demencia, es decir la ruptura respecto de la antigua armonía y la elevación vehemente de prever y de cimentar el futuro equilibrio superior. He aquí la llama que lame y quema mis dos sienes”.

² Charálambos Hatzilambís, “España: La dulce vieja herida de Kazantzakis”, conferencia leída en el marco del I Encuentro Internacional “Grecia en España y España en Grecia”, organizado por el Círculo de Bellas Artes de Madrid del 14 al 17 de diciembre de 1996.

³ En español en el original. *El disidente*, p. 185.

Los veinticinco artículos que redactó a su regreso de ese recorrido se publicaron del 12 de diciembre de 1926 al 7 de enero de 1927 en el diario *Eléfttheros Typos* bajo el título “En la otra península de la dictadura”.

Kazantzakis recorrió a pie Madrid entero, visitó sus museos, oficinas, servicios públicos, instituciones educativas y culturales, puntos de reunión y ministerios; fue al teatro, al cine, a los toros; viajó a Toledo, Barcelona, Ávila, Salamanca, El Escorial, Córdoba, Valencia y Sevilla. Rastreó las huellas de El Greco dispersas en museos, iglesias y colecciones particulares; entrevistó al dictador Miguel Primo de Rivera y a Luis de Benjumea, importante servidor de ese régimen, y estableció amistad con los escritores Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibáñez e Isabela de Palencia, el poeta Juan Ramón Jiménez y el director de la Residencia de Estudiantes Alberto Jiménez Fraud. Trazó retratos llenos de admiración por las obras de Francisco Giner de los Ríos y el Instituto Libre de Enseñanza y de José Castillejo y la Junta para la Ampliación de Estudios. Sin dormir casi, sin descansar, se dejó contagiar por la inquietud del ambiente y no olvidó nunca “el primer contacto cálido” con España.

De las ciudades que recorrió durante su primer viaje Kazantzakis escribió penetrantes y maravillosas representaciones, que incluían tanto la historia y sus personajes característicos, del pasado o del presente, como la descripción de sus monumentos, leyendas, mitos, costumbres y particularidades. Miró la realidad mediante las obras literarias; buscó en el entorno lo que los artistas habían inmortalizado en páginas geniales, observó con avidez a la gente y sintió al Quijote y a Sancho vivos en el paisaje y en el alma de los habitantes, dualidad palpitante a pesar de los siglos y de las transformaciones.

Siempre afirmó que en España había encontrado muchas almas hermanas —El Greco, Colón, el Quijote, santa Teresa, Ignacio de Loyola, Giner de los Ríos, Azaña, Juan Ramón...—, hombres y mujeres que supieron reclutar todas sus fuerzas y someterlas a un ritmo superior, con el cual la vida adquiriría nobleza y sentido; almas que se lanzaron a la hoguera para superar la estrechez de la vida personal, se unieron al ritmo que es capaz de hacer girar la rueda del tiempo y conducir al género humano a elevarse un escalón más por encima del lodo del que fue creado; almas que sabían escuchar las necesidades y, sin más, cumplían con su deber: convertir en espíritu la cantidad mayor de materia que fuera posible.

Mediante aquellos primeros artículos se hizo evidente que Kazantzakis se había introducido en el corazón de España y que España había pasado a formar parte inseparable de la llama que lo devoraba también a él. En menos de tres semanas había cubierto en profundidad y extensión un espacio que a otros les llevaría años comprender. Más aún, comprueba que ese país “pleno de austero carácter ascético” le gusta y que, gracias a esa experiencia, ahora puede entender mejor “la ascética y trágica historia de esta gloriosa tierra venida a menos”.⁴

⁴ *El inconforme*, p. 180.

Kazantzakis se marchó de ese país convencido de que era “el primer cretense en visitar a *El Greco* al cabo de tres siglos”.⁵ Con esta idea y persuadido de que algo muy importante estaba ocurriendo en el país ibérico, se consagró en adelante a observarlo a distancia atentamente y a profundizar en los cambios ocurridos en él después de la Primera Guerra.

A su regreso a Grecia y aparte de los artículos que publicó en *Eléftheros Typos*, Kazantzakis organizó sus notas y formó un libro de viajes. La primera edición apareció en 1927 en Alejandría bajo el sello *Serapeion*, como un capítulo más al lado de sus impresiones sobre Italia, Egipto, Palestina y Sinaí, reunidas bajo el título genérico de *Viajando*.

1932-1933: el segundo viaje

En 1932, a raíz de diversas aventuras personales, muchos viajes, enormes esfuerzos infructuosos, innumerables decepciones e intentos vanos por conseguir una estabilidad laboral, primero en Grecia y después donde su envidiable preparación le permitiera encontrar un espacio propio, Kazantzakis abandona París, donde se encontraba en aquella época, y pone rumbo a España por segunda vez, en esta ocasión por iniciativa propia, prácticamente sin medios económicos, con la intención de probar ahí su suerte.

De nuevo, Eleni Kazantzaki expone las razones de esa decisión: “Cuatro meses en París agotaron a Kazantzakis [...] Herméticamente cerradas permanecieron todas las puertas. Herméticamente cerrados todos los oídos. Y Nikos, como antídoto, pasaba las horas con los grandes españoles —Cervantes, Góngora, El Greco—, imanes que lo atraían al otro lado de los Pirineos. Por fin no aguantó más. Con su pequeña valija en la mano partió para Madrid”.⁶

Su valija contiene, entre muchos otros trabajos inéditos o inconclusos, un guión cinematográfico basado en *El Quijote*, ya que ha estudiado y confía enormemente en las posibilidades creativas y comunicativas que ofrece el séptimo arte.

Hay que añadir que, en vísperas de su primer viaje a España en 1926, Kazantzakis había conocido en Atenas y había estrechado amistad con el joven escritor cretense Pantelís Prevelakis (1909-1986), a quien inició en el conocimiento de España y con quien compartirá hasta su muerte el culto por la literatura y el idioma españoles.⁷ Durante los años siguientes intercambiarán lecturas, traducciones e información

⁵ *Idem*.

⁶ *El disidente*, p. 306.

⁷ Tradujeron juntos poemas de Juan Ramón Jiménez, con el fin de editar una antología que no llegó a ver la luz. Prevelakis tradujo *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, *Platero y yo*, de Jiménez, y *Los intereses creados* y *Al natural*, de Jacinto Benavente, prácticamente impulsado y con la ayuda de Kazantzakis, quien además tradujo la “Oración” de *Rusia, santa Rusia*, de Benavente.

sobre ese país y, con el tiempo, Prevelakis se convertirá en biógrafo de Kazantzakis y dejará testimonio incontestable de la relación del gran escritor con España.⁸

Es evidente que Kazantzakis no había olvidado jamás su interés y amor por el país ibérico y el 3 de octubre de 1932 realiza el viaje de París a Madrid “de un tirón”, sin pensarlo ya por más tiempo. El 6 de octubre envía tanto a Eleni como a Prevelakis sendas cartas desde la Pensión Abella, calle de San Bernardo 13, donde se hospedarán inicialmente, antes de mudarse el 18 de noviembre a la Plaza del progreso 5, a la casa de su amigo Timoteo Pérez Rubio, director del Museo del Prado, y de su mujer la escritora Rosa Chacel, quien en esos meses se encontraba fuera de España, pero que ayudó epistolarmente a que Kazantzakis estableciera contacto, entre otras personalidades, con el filósofo José Ortega y Gasset y con su gran amiga Concha de Albornoz. Kazantzakis había abandonado París con la esperanza de establecerse en España definitivamente, si las condiciones lo favorecían.

De nuevo, recorrerá a pie la capital española, observando y tomando nota de los cambios experimentados a lo largo de los últimos seis años. Lleno de confianza y vigor escribe a Eleni entre el 8 y 9 de octubre: “...Mi vida ha encontrado su ritmo de nuevo, como si llevara años viviendo aquí. [...] todo el día corro a los museos, tenemos abundante sol... no he establecido amistad con nadie, no pronuncio palabra, le escribí a [Timoteo Pérez] Rubio... a [Juan Ramón] Jiménez no lo he visto aún, primero quiero saciarme de Madrid [...] Anteayer estuve en una corrida de toros [...]”⁹

La noche anterior, el 8 de octubre, había estado en el teatro Beatriz, en el estreno de *Rusia, santa Rusia*,¹⁰ de Benavente, “El dramaturgo más grande de España”, que decide traducir de inmediato. Kazantzakis esperó a Benavente a la salida bajo la lluvia y le hizo llegar un mensaje, pidiéndole una cita, que se concretaría al mediodía siguiente. Sobre su encuentro escribirá a Eleni el 20 de octubre: “Vi a Benavente en su casa. Parco, viejo, *élégant*¹¹, pero frío. No sé cómo conseguí escribir una ‘Oración’ tan bella. Vi su drama *Rusia, santa Rusia*: mediocre, *tirades*, viejos *trucs*,¹² pero cálido y

⁸ Pantelis Prevelakis, *Τετρακόσια Γράμματα του Καζαντζάκη στον Πρεβελάκη. Και σαράντα άλλα Αιτόγραφα εκδιδόμενα με Σχόλια, ένα Σχεδίασμα Εσωτερικής Βιογραφίας και τη Χρονογραφία του Βίου του Ν. Καζαντζάκη από τον Πρεβελάκη* [Cuatrocientas cartas de Kazantzakis a Prevelakis. Además de otros cuarenta textos autógrafos comentados, un esbozo de una biografía íntima y una cronografía de la vida de Kazantzakis por Prevelakis], 2ª. edic., edit. Eleni N. Kazantzaki, Atenas, 1984, 753 pp. Incluye fotografías. Libro también éste indispensable para los estudiosos de Kazantzakis. En adelante sólo como *Cuatrocientas cartas*. La paginación corresponde al original, de donde traducimos las citas.

⁹ *El disidente*, p. 307.

¹⁰ En español en el original.

¹¹ Elegante, en francés en el original.

¹² Peroratas, trucos.

correcto. Literariamente tiene poco valor. A Ortega y Gasset (que es aquí el *penseur*¹³ más grande) lo veré estos días en casa de Jiménez...”.¹⁴

Gracias a las dos biografías citadas es posible seguir paso a paso los días y las penalidades de Kazantzakis por encontrar las condiciones adecuadas para establecerse en España. No dejó ningún esfuerzo por realizar. Tal como había hecho durante su primer viaje recorrió de nuevo todas las dependencias y oficinas, estudió a fondo los cambios experimentados en todos los niveles los últimos seis años, entabló relación con intelectuales y escritores, traductores y directores de cine, dramaturgos, poetas y creadores, profesores y periodistas, políticos y funcionarios; pasó días encerrado en archivos y bibliotecas, paseó por las librerías para conocer la actualidad editorial, leyó los diarios y las revistas de mayor circulación, conversó con los ciudadanos de a pie, acudió al Ateneo, donde se reencontró con Miguel de Unamuno, y tuvo la oportunidad de presenciar las tertulias en la sala “La Cacharrería”, donde participaba la flor y nata de la intelectualidad, además de frecuentar la Universidad, el Centro de Estudios Históricos y la Residencia de Estudiantes. Tomó el pulso de los acontecimientos y comprendió mejor que nadie a qué respondía el ambiente febril de las calles.

Los seis meses que duró su estancia en este segundo viaje borraron sus expectativas de labrarse un futuro en España. Paradójicamente, las condiciones no favorecían sus esfuerzos, nadie daba importancia a sus solicitudes, los editores no se interesaban por traducir sus obras, las cosas marchaban a un ritmo irritantemente lento y a cada una de sus propuestas respondían con aplazamientos o pretextos. Los intentos de sus amigos Jiménez y Pérez Rubio, quienes mediaron ante el filólogo Ramón Menéndez Pidal¹⁵ por conseguirle una ayuda económica, además de un puesto de investigador, de traductor en alguna institución o una cátedra de griego en la universidad no fructificaron. Ningún director de teatro o de cine mostró interés por sus obras o guiones, acaso ni siquiera tuvieron tiempo de leer nada. A la larga, gracias al apoyo de Menéndez Pidal, recibió una ayuda económica del Ministerio de Relaciones Exteriores de mil doscientas pesetas repartidas en tres meses, con la condición de escribir acerca de la vida intelectual de la España de ese momento.

¹³ Intelectual.

¹⁴ *El disidente*, p. 309.

¹⁵ Se conserva carta autógrafa de Kazantzakis, en español, dirigida al “Excmo. Sr. Presidente de la Junta de Relaciones Culturales”, en la cual “Suplica a V. E. se digne concederle la ayuda moral y material [...] para difundir, traducir y comentar en griego moderno las producciones de [*sic*] pensamiento, de la literatura y de la poesía contemporánea española en revistas, periódicos y libros de Grecia”. Copia facsimilar en: *Ellī Alexiou, Για να γίνει μεγάλος. Βιογραφία του Νίκου Καζαντζάκη [Para ser grande. Biografía de N. K.]*, edit. Kastaniotis, Atenas, 1994. La carta fue proporcionada a la autora del libro por los herederos de J. R. Jiménez, en cuyos archivos se encuentra, junto con la demás cartas de K. al poeta, en francés, y que fueron publicadas en 1966 en la revista *Estafeta*, por la poeta Magia Roussou-Rapti. *Op. cit.*, p. 219 y ss.

Kazantzakis perdió el entusiasmo inicial, comprendió que el país pasaba por un momento crítico y que el futuro se dibujaba incierto. Las manifestaciones y huelgas iban en aumento, las bombas estallaban con mayor frecuencia, la vida política se enrarecía y todo esto repercutía en la vida cultural y diaria. Nada hacía pensar en días mejores. Una vez más la puerta de salida se abría ante Kazantzakis.

A finales de diciembre de 1932, recibió un telegrama desde Creta en el cual Prevelakis le comunicaba la muerte de su padre. El dolor fue insoportable. Kazantzakis emprendió un viaje en tren por España sin más objetivo que escapar del dolor que amenazaba con destrozarlo. Escribió a Eleni desde Valladolid el día 27: “Recorro el norte de España tratando de cansar mi cuerpo. Anteayer estuve en Salamanca, mañana me voy a Burgos, pasado mañana a Zaragoza y después no lo sé [...] Tal vez todo lo que veo ahora sea hermoso, pero mi alma está *opaque* no distingo bien y mi boca está llena de ceniza...”¹⁶

El 30 de diciembre recibió en Zaragoza una carta desde Madrid que le anunciaba la modesta ayuda económica otorgada por el Ministerio de Exteriores. Continuó su agotador trayecto por Valencia, Alicante y Elche, dos mil kilómetros en total sin apenas dormir, presa de pesadillas indescriptibles. El 4 de enero de 1933 está de regreso en Madrid, transformado: “No me hacen falta para nada las ciudades ni las conversaciones ni los esfuerzos con las personas y para las personas. *¡Soledad, soledad, pureza!*”,¹⁷ escribe a Prevelakis al día siguiente,¹⁸ utilizando una frase de Juan Ramón que había hecho suya, igual que otras que empleaba con frecuencia en su correspondencia privada, a manera de clave que sus seres queridos sabían interpretar con justeza. “Para siempre”, era la frase aprendida de santa Teresa con que firmaba muchas veces sus cartas, asimismo hablaba de “La Obra”, recordando los esfuerzos de Jiménez por la cristalización de la perfección poética, con la que tanto se identificaba.

Desde ese instante Kazantzakis trabajó en Madrid a ritmo frenético para cumplir con su compromiso sin dilaciones. Su interés por España se había fracturado: “Veo a diferentes ministros, sabios, eruditos, reúno material, pero no tengo ningunas ganas de escribir artículos. Ya se fue, se disolvió el deseo de interesarme por reformas sociales y frivolidades de ese tipo”, escribió a *Prevelakis* el 6 de febrero.¹⁹

Mientras esperaba la confirmación de si la ayuda otorgada se prorrogaría, “vació” la biblioteca del Ateneo, tradujo poesía, recorrió de nuevo los museos favoritos, visitó Toledo, reanudó los encuentros con sus amigos —con el presentimiento de que se despedía de todo—. Entró en contacto con editores en Grecia, con el fin de asegurar la publicación de los artículos comprometidos: “Poco a poco

¹⁶ *Opaca. El disidente*, p. 320.

¹⁷ En español en el original.

¹⁸ *Cuatrocientas cartas*, p. 351-352.

¹⁹ *Idem*, p. 358.

me convertiré en hispanólogo, así trabajo. No veo sino a [Pérez] Rubio”, escribió a Eleni el 1º de febrero.²⁰

Y en marzo, al comunicarle que la ayuda económica no se prorrogaría, la decisión llegó sin esfuerzo, volvería a Grecia donde, según informaban los periódicos españoles había “*Golpe de estado*”²¹ [...] Plastiras, etc.”²² El 15 de marzo escribió a Prevelakis: “Me voy el 20 de marzo de Madrid a París, me quedaré allí diez días [...] Me despido de Madrid sin amargura; quedé satisfecho de ella”.²³

Del 20 de marzo al 4 de junio de 1933 el diario conservador ateniense *Kathimerini* [*El Cotidiano*] publicó una serie de 15 artículos de contenido social, político y cultural bajo el título “España 1933”.

Aparte, de abril a septiembre de 1933 la revista mensual de literatura *O Kyklos. Fylla to Logou kai tis Technis* [*El Círculo. Revista para la Literatura y el Arte*], del poeta y traductor Apóstolos Melakhrinós, publicó también en Atenas las traducciones de once poetas españoles a los que Kazantzakis consideró los mejores representantes de su tiempo: Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, José Moreno Villa, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Ernestina de Champurcín, Concha Méndez Cuesta y Vicente Aleixandre, bajo el título de “Poesía Lírica Española Contemporánea”.

Ese mismo año Kazantzakis retomó el capítulo “España” de *Viajando* y lo reescribió todo, actualizándolo y enriqueciéndolo con el conocimiento acopiado en el semestre de estancia en ese país y lo preparó para una edición autónoma que tituló *Viajando: España* que, sin embargo, no consiguió publicar de inmediato.

Kazantzakis no olvidó jamás las emociones que le proporcionó ese segundo viaje. España permaneció ya *para siempre* en su horizonte. La experiencia fue sólo enriquecedora, en lo personal y para su propia obra: “España fortaleció mi corazón”, escribiría. Como mencionó siempre, en ese país se sentía “entre hermanos”.

Viajando: España

Las dos versiones del libro fueron redactadas con base en las anotaciones que Kazantzakis hizo a partir de sus lecturas españolas, de reflexiones y, sobre todo, de sus

²⁰ *El disidente*, p. 329.

²¹ En español en el original.

²² Nikolaos Plastiras (1883-1953), militar y político. La crisis económica de 1932 en Grecia condujo al resquebrajamiento de la democracia, al enfrentamiento con los monárquicos y a la dictadura, al fracasar los intentos por formar un gobierno de unidad nacional. Tras perder Eleftherios Venizelos las elecciones el 5 de marzo, Plastiras dio un golpe de Estado que fracasó. Siguió un largo periodo de inestabilidad.

²³ *Cuatrocientas cartas*, p. 376.

artículos periodísticos. Los autores que cita incluso ahora no han sido traducidos en su mayoría al griego. Kazantzakis los conoció en ediciones originales y los citó textualmente o los parafraseó, resumió o comentó, según sus necesidades. Por lo general no hizo mención a las obras concretas, a veces ni siquiera al autor, porque lo que le interesaba no era presentar un trabajo erudito, sino la imagen fiel y viva de una país del que escribió a su regreso: “Nadie podrá juzgar jamás el momento histórico actual de España ni beneficiarse de su tentativa si no conoce bien la fértil y febril fermentación del alma española durante los últimos treinta años”.

En la versión definitiva decidió suprimir muchas de las observaciones realizadas en la primera edición. Entre la España bajo la dictadura de Primo de Rivera, que sirvió de fondo a la versión de 1927, y la España de la Segunda República, que fue su marco de referencia en la versión definitiva, existían ya muchas diferencias. A Kazantzakis le había llamado poderosamente la atención la actitud indiferente y abúlica de la población sometida a la dictadura en su primer viaje. *La paz* que había traído el autoritarismo de los militares parecía haber calado hondo en la bulliciosa alma hispana. La juventud derrengada en los cafés parecía satisfecha del *orden* impuesto por el régimen de excepción. Los escritores, los poetas, aún no daban muestras de la creatividad que se pondría de manifiesto al cabo de pocos meses. Todavía predominaba el clima que había producido la catástrofe de 1898, la tendencia a la reflexión y la teorización entre escritores e intelectuales.

Por el contrario, en 1933, aunque la fiebre no se había declarado aún, la transformación reptaba ya en la sociedad y Kazantzakis testificó la polaridad que comenzaba a apoderarse peligrosamente de todos los sectores de la vida diaria.

La primera versión de *España* se apega bastante a los artículos periodísticos. En general, en ella Kazantzakis sólo limó las imperfecciones, pero dejó viva la inmediatez de sus impresiones. Por el contrario, la versión de 1933 es mucho más cuidada, más elaborada y también más amplia, más honda y más compleja. En ella suprimió todo lo relacionado con la España de Primo de Rivera, la actualidad era ya otra y Kazantzakis optó por presentar los aciertos de la República y ahondar en la imagen de un país que comenzaba a atraer la atención mundial. Hizo el encomio del presidente Manuel Azaña, pero no dejó de expresar su escepticismo porque, a su juicio, el país no estaba preparado para los cambios.

Kazantzakis ahondó sobre todo en la historia del país y en el año simbólico de 1898, leyó y trazó las semblanzas de la personalidad y la obra de los grandes “profetas” nacionales: Joaquín Costa, Ángel Ganivet, Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset. Y su conclusión fue que ninguna de estas voces se impondría sobre las otras, que la renovación del país se conseguiría sólo si se armonizaban todas estas teorías que, si bien brotaban “de la entraña de la rica y compleja alma española”, cada una representaba no más que un fragmento de la problemática que la colectividad entera estaba llamada a resolver.

En su segundo viaje Kazantzakis recorrió Miranda del Duero, Burgos, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Ávila, El Escorial, Madrid, Toledo, Alicante, Elche, Valencia, Córdoba, Sevilla y Granada. Enriqueció la visión obtenida inicialmente e incorporó abundante material nuevo, con lo que consiguió un admirable equilibrio entre la imagen de la vida cotidiana y la vida política e intelectual. Conocedor ya del idioma —cuyo “ritmo heroico” admitía “escuchar con fruición”—, intercaló sus propias traducciones de textos teóricos o literarios cuando le parecía que ilustraban sus percepciones. Kazantzakis era capaz de leer con comodidad desde el *Poema del Mío Cid* hasta las obras de los jóvenes poetas del momento.

Gracias a su correspondencia es posible conocer los conflictos que enfrentó al elegir de manera responsable la imagen de un país que, si bien riquísimo y admirable por su geografía, su cultura, su antitético y paradójico mosaico humano, denotaba también una serie de problemas, producto de sus contradicciones, que corrían el peligro de lanzar al país al abismo. Sobre todo, acongojaba al autor la pervivencia de la España oscurantista, sometida al clero y la monarquía, que juzgaba instituciones retrógradas, y se sentía esperanzado por las reformas pedagógicas, representadas por la Institución Libre de Enseñanza y sus derivados la Junta para la Ampliación de Estudios y la Residencia de Estudiantes.

De la observación, primero, y de la mano de las grandes obras literarias, Kazantzakis se introduce en España: “Lucho por extender con claridad en mi mente entera la tensa piel bovina que es España sobre el mapa del mundo. Dibujo mentalmente sus cadenas montañosas, sus ríos, sus elevadas mesetas, sus campos. Concentro el tiempo: todas las razas que por siglos pasaron por estas tierras y entremezclaron sus sangres vuelven a desfilar veloces frente a mí. [...] Sobrevino al final el fruto místico, la síntesis profunda, el héroe de toda esta tierra, que reunió todos los rostros efímeros e impares en un solo rostro eterno, el cual representa ya a España en los grandes congresos del tiempo y del espacio: el santo mártir mayor don Quijote, y a su lado su mística esposa —pareja sagrada de España— santa Teresa”.²⁴

El carácter del pueblo se le revela: “La idiosincrasia psíquica del español es excepcionalmente selectiva; pero le falta el método, la técnica, el trabajo prolijo y paciente”. Y continúa: “El español verdadero, aquel que creó la epopeya española, es hijo del desierto. Personalista, altivo, valeroso. Y al mismo tiempo, junto con todos los defectos de esta gran virtud suya, es incapaz de trabajar en colaboración con nadie más, de seguir un programa común, de intentar disciplinadamente una labor duradera y esforzada. Uno. ¡Capitán Uno!”.²⁵

²⁴ *Viajando: España - ¡Viva la Muerte!*, Edit. Eleni N. Kazantzaki, Atenas, s. f., p. 13-14.

²⁵ *Idem*, p. 23 y 25 respectivamente.

Hasta afirmar con pesar, ante la visión de una país que construyó un imperio y ahora se muestra estancado: “Por aquí pasó una vez hace mucho tiempo el espíritu. Produjo acciones heroicas, grandes obras de arte, pensamientos complejos. Azotó a la perezosa y temerosa alma humana y la obligó a dar el salto. Prendió fuego a la paja que durante siglos recolectó la mente hormiga, y la llama surgió y ardió toda la tierra española. Luego, una vez que hubo cumplido con su obligación —quemar—, el espíritu se marchó, dejando tras él los rescoldos”.²⁶

Por fin, encuentra un punto de apoyo esperanzador: “Se sucedieron muchas generaciones. Esta esclavitud espiritual que pesaba sobre el alma española era insostenible y no le permitía levantar cabeza. Pero una raza fuerte, aun esclavizada, labora a fondo, secretamente, y madura la liberación. Y así, con el tiempo, da a luz a su libertador —héroe o santo o las dos cosas al mismo tiempo.

“Luego de muchas generaciones, España dio a luz a su libertador. Un santo. Un hombre tranquilo y benigno, un catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Madrid, don Francisco Giner de los Ríos”.²⁷ Y continúa: “Una escuela como ésta era un verdadero milagro inesperado entre las escuelas de España, acaparadas por las órdenes religiosas”.²⁸

Para Kazantzakis, la reforma pedagógica fue el principio de la guerra entre las dos Españas, a las que llamó “la ideal y la real”, y no dejó de señalar que “[...] como ocurre siempre, al principio vencía la España real —con su organización, con sus leyes, con su ejército, con sus curas, con su pueblo inculto—. Pero, como siempre sucede, la Idea, cuajada de heridas y de lágrimas, avanzaba despacio [...]”.²⁹ Y afirmó que en los grandes momentos de la historia, enemigos o amigos, aún contra su voluntad, colaboran con el instante transformador, son arrastrados por su ritmo, al que ayudan o impiden avanzar, obligando de esta manera a la acción conjunta.

Una vez más, confió por carta a Eleni su preocupación de que el peligro de un estallido se aproximaba: “No sé si leyó los periódicos. La guerra se aproxima. Nunca el peligro fue tan grande. Tenemos que tener en mente esto también, dónde nos alcanzará la tormenta [...] Huele a pólvora en todas partes, en los pueblecitos más pequeños descubren fábricas de explosivos, estallan bombas y hieren a la gente, sobre todo en Andalucía. Pero la Ciudad Universitaria es maravillosa, los estudiantes son todo vida y entusiasmo, una España nueva lucha por romper sus ataduras y librarse de los monárquicos y de los anarquistas...”.³⁰

²⁶ *Op. cit.*, p. 31.

²⁷ *Idem*, p. 46.

²⁸ *Ibid*, p. 47

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ *El disidente*, carta fechada en Madrid, el 13 de marzo de 1933, p. 334-335.

Para Kazantzakis era crítico el momento histórico por el que atravesaba España en 1933: “Está llena de desorden, de experimentación y agonía”.³¹ Y añadió: “Todavía hierve en la península ibérica abundante sangre de razas diversas. Todavía no han podido asimilar y crear un modelo estable. Ni corporal ni psíquica ni ideológicamente. Por esto constituye una gran riqueza —porque las posibilidades son muy abundantes y los furores inesperados, pero también es grande el peligro—, porque la disciplina en un propósito conjunto se convierte en un trabajo complicadísimo”.³²

La guerra civil española

Lejos de lo que podría imaginar, el destino le tenía reservado a Kazantzakis todavía otra “sorpresa”. En el otoño de 1936, mientras seguía desde su aislamiento en la isla de Egina la actualidad, que en Grecia misma era por demás dramática, recibió un telegrama de Giorgos Vlahos, editor del diario conservador ateniense *Kathimeriní* [*El Cotidiano*], quien lo invitaba a partir de inmediato a España, como enviado especial, para cubrir la guerra que acababa de estallar, desde la zona nacionalista. Kazantzakis se desplazó de inmediato a Atenas:

Cínico, inteligentísimo, G. Vlahos apreciaba a Kazantzakis, aunque no comulgaba en absoluto con sus ideas. Lo recibió con su acostumbrada sonrisa:

—Sé que preferirías ir con los Rojos, pero yo te mando con los Negros, como los llaman.

—¿Y por qué precisamente a mí?

—Porque vas a contar la verdad. Tus amigos y tus enemigos se sentirán contrariados, tanto mejor. ¿Sí o no?

Aceptó.³³

Kazantzakis zarpó del Pireo el 9 de octubre rumbo a Marsella en el vapor “Usucuma”. Llegó después a Palma de Mallorca. El 12 de octubre estaba en Gibraltar. En Portugal del 15 al 17, para tramitar el salvoconducto. Escribió a Prevelakis esos días: “Con emoción vuelvo a ver las *sierras nevadas*³⁴ y las riberas queridas y adivino tras ellas el rostro herido de España [...] como si un amigo querido hubiera sido herido y corro a verlo”. Apenas pisar territorio español la transformación en la personalidad de los habitantes saltó a la vista: “[...] había

³¹ *Idem*, p.70.

³² *Op. cit.*, p. 80.

³³ *El disidente*, p. 407.

³⁴ En español en el original. *Cuatrocientas cartas*, p. 464-466.

gran agitación. Soldados, ciudadanos, mujeres irritadas, muchachas acicaladas, ancianos apoyados en sus largos cayados, reunidos frente a los cuarteles leían los bandos pegados en las paredes. [...] Un caique zarpaba en ese momento lleno de soldados. Otro más estaba siendo cargado con la misma carga trágica. Brazos se elevaron haciendo el saludo fascista, pañuelos se agitaron, clamores se dejaron oír: ‘¡Arriba España!’”³⁵

Y más adelante: “[...] despertó una juventud completamente distinta a la que hace pocos años encontré deambulando por los cafés y jugando backgammon o derritiéndose ante el andar de una mujer. Ahora todos los jóvenes de España se encuentran dominados por un peligroso furor divino, levantan banderas, revivieron viejos himnos olvidados o inventaron nuevos, se calaron boinas bélicas y comenzaron a interesarse y a pelear por las ideas”³⁶

A finales de noviembre de 1936 se encontraba ya de regreso en Grecia, presto a dar forma a las anotaciones tomadas a vuelapluma en mitad del conflicto fratricida. Los “regalos” que trajo consigo en esa ocasión no fueron libros o imágenes de las obras pictóricas admiradas, sino una bandera republicana ensangrentada que recogió del suelo, una carta extraída del bolsillo de un miliciano muerto en Getafe —Francisco López— y la fotografía de una mujer y su hija, que encontró tirada.³⁷

El periódico *Kathimeriní* publicó, del 24 de noviembre de 1936 al 17 de enero de 1937, el testimonio estremecedor del escritor griego sobre la guerra civil que se extendería hasta enero de 1939 y que tendría como consecuencia la sangrienta dictadura que él ya había previsto. Bajo el título “Lo que vi, cuarenta días en España” reunió 45 lúcidos artículos que si bien fueron el testimonio de lo que vivió mientras seguía a las tropas nacionalistas en su intento de tomar Madrid, no por ello se olvidó del sufrimiento de la otra mitad de la población. Kazantzakis entrevistó no sólo al dirigente de los sublevados, Francisco Franco, de quien escribió: “Me daba cuenta de que él es el hombre que sabe gobernar, la mente organizada que sabe asociar, la voluntad inflexible que sabe castigar e imponerse. Este hombre ha nacido para vencer. Si nada inesperado se interpone, nada tremendamente inesperado, con toda seguridad vencerá. ¿Qué sucederá después de la victoria?”³⁸

También entrevistó a otros miembros destacados de las tropas alzadas y de las agrupaciones solidarias con éstas —requetés, falangistas, monárquicos, católicos, renovacionistas, etc.—, buscó a sobrevivientes del Alcázar de Toledo y contrastó sus testimonios; también se aproximó a prisioneros de guerra, población civil, periodistas locales y extranjeros, clérigos, voluntarios, taberneros, fotógrafos, pueblo

³⁵ “La agonía de Madrid”, en: *Kathimeriní*, 24 de noviembre de 1936.

³⁶ *Idem*.

³⁷ Se encuentran en el Museo Kazantzakis en Myrtiá, isla de Creta.

³⁸ “¿Qué sucederá después de la victoria?”, en: *Kathimeriní*, 23 de diciembre de 1936.

llano atrapado en mitad del fragor. Kazantzakis además fue, en su calidad de periodista, uno de los últimos en realizar, el 21 de octubre, una entrevista con Miguel de Unamuno.³⁹

Sólo el deseo de ver de cerca esa nueva herida en la cáscara de la Tierra y de poder contar de manera responsable a sus contemporáneos lo que estaba sucediendo en ese rincón de Europa lo decidieron a abandonar su aislamiento en Egina.

Igual que había hecho anteriormente, apenas concluyó con los artículos periódicos retomó *Viajando: España*, que continuaba inédita, y añadió una sección más, a la que tituló en español *¡Viva la Muerte!* La espeluznante consigna del fundador del Tercio, José Millán Astray, mano derecha del golpista Franco, que se encontraba en boca de los militares alzados, da la tónica y resume el pulso del contenido de esta nueva sección, tan diferente en todos los aspectos al libro de viaje que conforma la primera parte del tomo.

¡Viva la Muerte!

La editorial “Pyrsós” [Antorcha] publicó en 1937 *Viajando: España-¡Viva la Muerte!* en su forma definitiva, que incluyó además “Don Quijote”, uno de los poemas en tercetos con asunto español escritos por Kazantzakis, que sirvió como puente entre las dos unidades del libro.

De esta manera, debido a una dramática jugarreta del destino o a un inexorable encadenamiento de hechos, la frase con la que Kazantzakis había dado comienzo a su descripción del país ibérico ya desde 1926 —“El rostro de España es doble [...]”— sirvió para destacarlo como observador acertado y como indiscutible testigo de la España escindida.

En el prólogo de esta nueva trágica sección de su relato español, Kazantzakis advierte: “La guerra española en su sentido más profundo no es civil, es internacional”. Y continúa: “Por esto es grande la responsabilidad de quien se dirige ahora a España y decide transmitir a los hombres la terrible tragedia. No se trata ya de describir ahora de forma segura e irresponsable trajes, lugares, ni jardines ni viejas iglesias ni bellezas, ni siquiera espectáculos exóticos —gitanas de Sevilla, bailadoras, castañuelas, corridas de toros.... El viajero actual no ve ninguna de estas cosas; todo ha desaparecido. Contempla otros espectáculos. Ahora su testimonio es responsable,

³⁹ Philip Metzidakis, *La Grecia moderna de Unamuno*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1989. Estudio indispensable para conocer la particular relación de Unamuno con Grecia. Metzidakis incluye en los Apéndices su traducción del francés de la carta que dirigió Kazantzakis a Unamuno el 20 de octubre de 1936, mientras se hospedaba en el Gran Hotel en Salamanca, solicitando: “Sus admiradores griegos esperan angustiados oír su voz, voz que les oriente, en estos terribles momentos por los que pasan hoy España y la humanidad.” Cf. p. 120.

tiene el valor de un documento histórico y de contribución humana. La mentira, las exageraciones, el lirismo vano, todos los adornos del estilo, desentonan ante tanta amargura humana.

Fui y vi, mis ojos se llenaron. Hablé con los dirigentes, viví con los soldados, entré en poblaciones arrasadas, escuché los lamentos de las mujeres enlutecidas, crucé por sobre muertos de guerra, leí las cartas que se encontraron en sus bolsillos, presencié combates terrestres y aéreos, desde las riberas del Manzanares vi a Madrid perderse.

Esta guerra contiene una tragedia indescriptible. Porque todos estos hombres que, gobernados por las necesidades de nuestra época de transición, se matan entre ellos, no son ni indiferentes ni cobardes. [...]

Ahora que intento escribir, siento por entero la responsabilidad de mi testimonio. Diré lo que vi, honestamente, claramente, con imparcialidad. Porque mi intención, consciente o inconsciente, no es apoyar una u otra idea, ocultar u ponderar las heroicas o los crímenes de un campo de batalla o del otro. Otra es mi intención: consignar el testimonio de lo que vi, de lo que oí, mostrarles esta herida humana abierta a la que hoy se nombra España... Y a la que quizá mañana se nombre Francia o mundo entero...⁴⁰

Kazantzakis dejó en esta sección de su libro sólo la quintaesencia de lo que vio, suprimió muchos pasajes y opiniones que sí aparecieron en el periódico *Kathimeriní* y reorganizó el material para presentar el relato escueto de los hechos que presenció. Al final, resumió: “Los españoles se matan entre ellos como enemigos ancestrales. Como si se hubieran aglomerado en sus pechos siglos de rencores y venganzas; y ahora llegó el momento terrible, se lanzaron y las almas se descargaron. [...] Seguramente intervienen también otras fuerzas oscuras, sobre todo dos: el Hambre y la Injusticia. La injusticia social es insoportable en España. [...] Pero un día se alzaron todos los ultrajados y los hambrientos y tomaron, durante las elecciones de febrero pasado, el poder. Grandes y desmesuradas esperanzas apoyaron la victoria. Pero los vencedores, que estaban unidos en tanto combatían a un enemigo común, comenzaron inmediatamente después de la victoria a atacarse entre ellos: comunistas, socialistas, anarquistas. [...] Las fuerzas contrarias centrípetas —católicos, monárquicos, militaristas, nacionalistas— se organizan; el 18 de julio estalla la Revolución. Comenzó el choque mortal.” Para concluir: “¿Quién vencerá? Quienquiera que resulte el vencedor, si quiere conservar su victoria, debe traer e imponer por lo menos dos beneficios a España: Disciplina —con violencia o por las buenas, como se pueda—, y Justicia Social —que se emancipe el campesino del señor feudal y que se harte de

⁴⁰ *¡Viva la Muerte!*, p. 143-144.

pan—. Que se voten leyes pro laborales; que se aleje al Clero de toda zona ajena a la religión; que se eduque al pueblo.

“¿Querrán o alcanzarán los futuros vencedores a hacerlo? Si mi apreciación personal tuviera algún valor en ser expresada, diría sin dudarlo: ¡No!”⁴¹

Sobre los vencedores de la contienda Kazantzakis no tuvo ninguna duda. Azaña, para él, se reveló como un político del siglo XIX, un demócrata de los viejos buenos tiempos que no había sabido calcular que ninguna fuerza humana es capaz de contener el cataclismo histórico que empuja a los hombres a inclinarse por la extrema derecha o por la extrema izquierda: “Olvidó que el verdadero papel del político no es detener la Historia, sino colaborar con ella”, porque la vida “es una fuerza terrible que no le teme a la sangre...”⁴²

Kazantzakis periodista

Cuando Kazantzakis partió para cubrir la guerra civil española había cerrado ya en el aspecto personal su búsqueda desesperada de teorías y respuestas. Se sentía libre de espejismos y de esperanzas falsas. Ninguna sombra le impedía ver sin engaños esa nueva aventura humana sangrienta: “Me he librado de los colores rojos o de otros, dejé de identificar la suerte de mi alma —mi salvación— con la suerte de cualquier idea. Sé que las ideas son inferiores a un alma creativa. [...] Me he librado de todas las recompensas que ofrecen siempre los campos de batalla [...] Con este armamento —es decir, totalmente desnudo— realizo la primera *expérience* crítica de mi reciente libertad: voy a ver a la España ensangrentada”⁴³

El 2 de octubre de 1936, el periódico *Kathimeriní* anunció a sus lectores la misión periodística encomendada a Nikos Kazantzakis, “el destacado intelectual, que al haber vivido por dos años en el país desgarrado será, con toda seguridad, el más adecuado para describir la tragedia a la cual se ha visto arrojada España por la insensatez criminal de los rojos”. El diario anunciaba, asimismo, que su enviado especial tendría probablemente “la suerte de entrar junto con las tropas del Generalísimo Franco en la capital española” y de recrear para sus lectores la imagen de la terrible catástrofe.

Como en el caso de *Viajando: España* existen diferencias abismales entre las tres series de artículos redactados con fines periodísticos. Kazantzakis mismo afirmó que la España del carnavalesco Primo de Rivera y de Carmen había quedado muy atrás, como atrás había quedado ya la de la Segunda República y su política reformista, convertida en pesadillesca desgarradura. En 1936 el rostro de España se ensombreció

⁴¹ *Idem*, p. 220-221.

⁴² *Ibid*, p. 222.

⁴³ *Cuatrocientas cartas*, 12 de octubre de 1936, p. 465.

trágicamente y Kazantzakis comprendió que en España se estaba jugando el destino de la humanidad entera: “No sólo está en juego el destino de España entre nuestras pasiones fraticidas actuales; está en juego el destino de todos”.⁴⁴ “Algo terrible hace explosión hoy en los campos y en las montañas de España. Un instante de caos. Un peligroso torbellino de fuerzas encontradas que gira violento atrás de los Pirineos y al que no pueden contener ya las fronteras de España. Este conflicto fraticida es una guerra internacional en suelo nacional. Comienzan ya a desplazarse los márgenes y los objetivos de la guerra y adivinamos con horror las angustias que corren el peligro de vivir las generaciones futuras cercanas”.⁴⁵ “El tren iba lleno de guardias civiles. Me introduje entre ellos, me tomaron por alemán, me abrazaron, gritaron: “¡Viva Hitler!” y me dieron de beber a fuerzas vino a primera hora de la mañana y de comer sardinas y pimientos rojos”.⁴⁶

Sobrecogido porque sus temores se hicieron realidad, describió con horror el furor dionisiaco que se había apoderado de la antaño sonriente España. Se sintió impresionado de la resolución con que combatían las innumerables formaciones de voluntarios y de insurrectos que conformaban las tropas nacionalistas. Sus miembros dejaban de lado las diferencias con tal de conseguir el objetivo común: adueñarse del país a toda costa. Cualesquiera que fueran las diferencias entre las fuerzas ultraconservadoras todas coincidían en esto: “¡Dios, Patria, Rey!” De nuevo, el clero, el orden militarizado y la monarquía en su peor papel hacían despliegue del poder oscurantista que obraba como sombrío aglutinante sobre enormes sectores de la población: “Observo a los falangistas tal como están reunidos en las calles de Burgos y me sorprende. La mayoría son morenos, bajos de estatura y flacos. Tienen rostros menesterosos, mortificados y al mismo tiempo embelesados por la llama revolucionaria”.⁴⁷ Su amigo el periodista cordobés Diego Cortés, con quien coincidió en Toledo, se lo resumió así: “¿Cómo no habría de ser monárquico, mi amigo?, gritó, estirando el brazo hasta dar con el techo del auto. En el corazón del verdadero español están escritas tres palabras: “Dios, Patria, Rey”. ¡La Santa Trinidad!”.⁴⁸

En el lado contrario pudo ver a tiro de piedra las desbandadas de combatientes que no lograban atajar los avances nacionalistas, las caravanas de civiles que abandonaban la capital. La República combatía valientemente y no dejó de testificarlo, pero sin demasiados medios y, sobre todo, más que faltarle el armamento del enemigo, le faltaban la disciplina y la vocación de sometimiento a los mandos.

⁴⁴ “La agonía de Madrid”, en: *Kathimerini*, 24 de noviembre de 1936. La traducción es nuestra.

⁴⁵ “En Burgos”, en: *Kathimerini*, 29 de diciembre de 1936.

⁴⁶ “Rumbo al heroico Toledo”, en: *Kathimerini*, 4 de diciembre de 1936.

⁴⁷ “Los factores políticos principales de España”, en: *Kathimerini*, 10 de enero de 1937.

⁴⁸ “Dios, Patria, Rey”, en: *Kathimerini*, 20 de diciembre de 1936.

Las bajas entre los milicianos eran numerosas y las limpiezas que realizaban las tropas de ambos bandos en cada población tomada no permitían autoengaños. Kazantakis vio los saqueos de casas, negocios e iglesias. Las ocasiones que pudo aproximarse a militares republicanos hechos prisioneros escuchó de ellos las amargas quejas dirigidas sobre todo a la indisciplina de los anarquistas, reacios a someterse a las normas de la contienda: “Los anarquistas nos trajeron la ruina. [...] Tenían miedo, sabe, de perder su individualidad”.⁴⁹ Igualmente, prestó oído a los relatos de los desertores, que hablaban de represalias y ejecuciones sumarias en las praderas madrileñas donde antes la gente se reunía a celebrar. Un hecho de sangre producía otros y las ansias de represalia alimentaban la máquina de la guerra.

Kazantzakis anotó esta comprobación insistente: “Una característica importante, común hoy a todas las ideologías y organizaciones españolas es la siguiente: El odio a la República”. “No cumplió con sus promesas”, escuchó por todas partes.

“Ejército regular, falangistas, requetés, por un lado; comunistas, socialistas, anarquistas, por otro, sienten un odio desatado por la República. Consideran la concentración del poder en manos firmes como la única salvación por ahora. A la República le atribuyen la actual anarquía y la desgracia de España —y del mundo”.⁵⁰

El periodo —“cuarenta días chorreantes de sangre”— en que cubrió la contienda, estrictamente hablando Kazantzakis no tuvo acceso a más noticias que las que difundían los nacionalistas, sus movimientos eran vigilados y controlados, se desplazaba temeroso de la censura, ni el correo ni las comunicaciones con Grecia eran libres. Por otro lado, en Grecia misma se había impuesto una dictadura afín a la ideología de los nacionalistas españoles. Su experiencia y cordura lo ayudaron a pasar entre los simpatizantes franquistas como un “periodista alemán” amigo. Las condiciones volvían a la gente charlatana y él estuvo siempre dispuesto a escuchar todas las historias, sobre todo las de quienes en ese momento histórico crítico se sometían al llamado del destino: los mandos, los soldados, los voluntarios. Su única esperanza fue que de ese choque demoledor saldría un país aligerado del odio centenario.

Los artículos periodísticos son superiores en todos sentidos al relato vertido en ¡Viva la Muerte! Literalmente, Kazantzakis puso el dedo en la llaga. No es difícil imaginar con qué expectación fueron leídos en el momento en que se publicaron, sobre todo la secuencia relativa a los hechos del Alcázar. Ocho artículos dedicó al menos a este capítulo decisivo del inicio de la guerra, cuyo simbolismo y peso en el desarrollo de los acontecimientos pudo medir sin engaños: “Cada vez llegan más peregrinos, el Alcázar se convierte en leyenda, fortalece y crispa el alma de

⁴⁹ “Conclusiones”, en: *Kathimerini*, 16 de enero de 1937.

⁵⁰ “El odio a la República”, en: *Kathimerini*, 12 de enero de 1937.

España”.⁵¹ Y no paró hasta no dar con un sobreviviente de los hechos, el hombre que lo convenció de que su relato era auténtico y debía reproducirlo.⁵²

Lo mismo puede decirse de sus descripciones sobre los intentos de tomar Madrid. Los detalles de los combates aéreos y de los bombardeos de la ciudad tan querida por él y de las poblaciones aledañas son estremecedores. La maestría de Kazantzakis para recrear los acontecimientos desplegó todas sus capacidades.

Insistentes fueron sus observaciones respecto a la presencia del Tercio y las tropas africanas de Franco en la guerra española, su crueldad y avaricia hacía temblar a sus mismos dirigentes. “Los moros”, se repetía Kazantzakis, “conquistaron a España otra vez”:

—¿No es peligroso —pregunté— que enseñen a los marroquíes a matar españoles?
El oficial levantó los hombros:

—Son nuestros mejores soldados —contestó—. Intrépidos, disciplinados, entregados. Aprenden con una facilidad extraordinaria a utilizar las armas, los cañones, las granadas. Poseen una vista y un oído muy finos. Incluso ven de noche y al mismo tiempo escuchan hasta el más pequeño de los ruidos, como si fueran bestias. Cuando pelean ¡incluso el miedo se apodera de nosotros mismos!

No dije nada. Pero un día lamentaremos amargamente que ahora les enseñamos a combatir y a matarnos. Por una necesidad inmediata sacrificamos el futuro. Un día, todas estas razas fuertes y todavía agrestes caerán sobre nosotros; solamente que ahora nadie se da cuenta. Pero en ese instante me alegraba de ver una ley histórica —la incursión de los bárbaros— avanzando despiadadamente, abriéndose camino, abriéndole nosotros el camino, y acampando entre nosotros. Y que nadie se dé cuenta. Hasta que el tiempo se cumpla y se haga evidente. Cuando se cumpla el tiempo quiere decir: cuando ya sea demasiado tarde.⁵³

Kazantzakis se unió a las marchas de las Columnas del Sur, las acompañó en su avance desde Toledo para emprender la toma de Madrid: Bargas, Illescas, Torrejón, Parla, Getafe, Leganés. Testificó los dos primeros bombardeos de la capital y la conclusión de la primera fase de la guerra, así como las tomas de Carabanchel, Torrejón de

⁵¹ “La visión sorprendente de Toledo”, en: *Kathimerini*, 5 de diciembre de 1936.

⁵² Miguel Gómez Cascajadas, de Burgos, aparece consignado en la “Relación nominal del personal de Jefes, Oficiales, Suboficiales y Tropa del Instituto de la Guardia Civil pertenecientes a la Comandancia de esta Provincia y agregados y concentrados en otras Comandancias que se encontraron en este Alcázar durante su asedio”, como cabo de la Segunda Compañía, en: Joaquín Arrarás y L. Jordana de Pozas, *El sitio del Alcázar de Toledo*, edit. “Heraldo de Aragón”, Zaragoza, 1937, p. 311.

⁵³ *Viajando: España*, pp. 191 y 192. También “Rumbo a El Escorial”, en: *Kathimerini*, 29 de diciembre de 1936.

Velasco, la Sierra de Guadarrama, Alto León, Navalperal, Cebreros, Navas del Marqués. Cuando comprendió que Madrid tardaría en caer se desplazó tras las Columnas del Norte. Estuvo en Ávila, Burgos, Valladolid, Salamanca.

De regreso en Toledo, el periodista cordobés Díaz López dio a Kazantzakis una noticia que sabía que le interesaba: Federico García Lorca había sido asesinado. Kazantzakis informó a Grecia: “Poco a poco, cuando la polvareda se asiente, podremos ver las ruinas de España. Ahora nos enteramos dispersa, vagamente: tal ciudad fue arrasada, mataron a tal persona. Pero sentiremos el horror en toda su magnitud cuando caiga la espantosa cortina de humo del incendio y del odio que nos impide ver ahora el rostro mártir de España.

Con toda seguridad, los mejores españoles de los dos bandos mueren. La primera tarea de cada ejército (nacionalista o rojo) apenas ocupa una ciudad o un pueblo, es “limpiar” de adversarios. Es decir, de los hombres con el carácter más recio, con la fuerza intelectual, social o política más grande, que constituyen un obstáculo para el vencedor en cuestión. [...]

Y alguien que escapó de Madrid me dijo:

—Un día me encontré con Juan Ramón Jiménez en la Puerta del Sol caminando, con las manos atrás, con la mirada distraída, desencajado. Lo saludé, pero no me vio. Me miró, pero no me vio.

—¿Y Lorca? —le pregunté—. Federico García Lorca, el poeta.

Pero no obtuve ninguna respuesta concreta. Alguien lo había visto en Granada, alguien más en Madrid. Alguien lo había visto con los rojos, alguien más con los falangistas. Y ayer llegó el mensaje terrible: ¡Mataron a Lorca!⁵⁴

Kazantzakis concluyó: “[...] poco a poco, el español indolente, individualista se convierte en un personaje universal. Y lo sabe. Peón universal en el terrible y sangriento ajedrez que se juega hoy en la tierra. Por detrás de un español está Hitler, por detrás del otro Stalin. Y por detrás de Hitler y de Stalin poderes y sistemas y cosmoteorías que se reparten actualmente el alma humana y quieren dominar la tierra entera. Por detrás de cada español combate el destino del mundo”⁵⁵

A su retorno a Grecia comentó: “Lo digo y lo repito. Atravesamos un nuevo Medievo, muy largo, que durará doscientos años. Me siento muy pesimista respecto al futuro cercano”⁵⁶

⁵⁴ “Federico García Lorca. El poeta español asesinado”, en: *Kathimerini*, 11 de enero de 1937

⁵⁵ “Epílogo”, en: *Kathimerini*, 17 de enero de 1937.

⁵⁶ *El disidente*, p. 412.

Kazantzakis traductor de “Poesía Lírica Española Contemporánea”

Para el escritor cretense traducir era descubrir puntos de vista enriquecedores que pudieran abrir nuevas sendas por las cuales el pensamiento pudiera transitar, también era una forma de ofrecer al lector nuevos elementos para la reflexión y el análisis. Consideraba a esta tarea esfuerzo útil para penetrar en el alma de un pueblo y comprender los detalles de su sensibilidad y su intelecto; era una vía de acceso al pensamiento angular que había dado origen a la obra original.

En 1932-1933, la época en que Kazantzakis buscaba un sitio en la vida cultural española, muchos intelectuales se encontraban entregados al esfuerzo de asegurar el impulso ético e ideológico que se había propuesto dar al país el liberalismo. Manuel Azaña, José Ortega y Gasset, Américo Castro, Fernando de los Ríos, etc., se alzaban como la conciencia crítica del país. Dos, tres generaciones de artistas —desde Unamuno hasta los jóvenes que conformaban la nueva hornada y que más adelante serían conocidos bajo el nombre genérico de “Generación del ‘27” — cada vez más participaban en la política y en las movilizaciones populares. Además, buscaban desempeñar un papel en la unificación y la reconciliación del país. El grupo teatral de García Lorca —“La Barraca”— era el mejor ejemplo de un intento de llevar a los lugares más alejados de España una cultura con hondas raíces en el pueblo y con un contenido distinto al que promovían el teatro profesional y el empresarial. Todo esto interesó y conmovió a Kazantzakis, quien centró su producción en transmitir a sus compatriotas de lo que consideró lo mejor del espíritu hispano de ese momento.

Este fervor creativo —que ponía una aureola de entusiasmo tan esperanzadora en un país amenazado por tantos problemas y tantas contradicciones, que no tardarían en hacer colisión, como comprobaría más tarde al cubrir en calidad de enviado especial la guerra civil—, representaba para Kazantzakis la posibilidad de crear mejores caminos donde el hombre pudiera expresarse sin las miserias de los totalitarismos, como aseguraba al hacer referencia a los escritores de la Segunda República.

A su juicio, las obras del arte y la literatura no eran un simple reflejo de la situación, sino que ellas mismas contribuían a conducir el curso de la historia. Kazantzakis comprende perfectamente que España vive un momento de plenitud como no había gozado desde hacía siglos. Una segunda edad de oro de la cultura española se le revelaba en toda su complejidad y toda su riqueza. Tres generaciones de escritores convivían, creaban, se influían, se reconocían, se fecundaban y contribuían a dar un aliento extraordinario a la cultura.

Los poetas elegidos por Kazantzakis, como ya mencionamos, y que presentó en entregas mensuales como “Poesía Lírica Española Contemporánea” en la revista *O Kyklos* en 1937, son: Miguel de Unamuno y Antonio Machado, quienes representan a los pensadores del 98; Pedro Salinas y José Moreno Villa, quienes representan a los precursores de la modernidad y son el puente entre

dos generaciones, y los jóvenes y admirablemente rompedores y vitalistas Rafael Alberti, Federico García Lorca, Vicente Aleixandre, Manuel Altolaguirre, Concha Méndez y Ernestina de Champourcín y, el más destacado entre todos, Juan Ramón Jiménez, el “joven patriarca”, cuyo magisterio innegable lo convierte en estrella solitaria que supo señalar nuevos rumbos en la creación.

Gracias a Kazantzakis se conoció y leyó en Grecia, acaso antes que en otros países, un precioso bagaje del que muy poco tiempo después ni siquiera la misma España podría disfrutar: Las voces de once poetas, la mayoría poco después silenciados y uno de ellos ya asesinado. Testimonios vitales de los que la España oficial prescindió durante décadas y que en Grecia dejaron hondísima huella en quienes pudieron leerlos —Odysseas Elytis, Nikos Gatsos, Nikos Engonópoulos, Stratís Tsirkas, Manolis Anagnostakis, entre muchos otros poetas—, antes de que también el olvido cubriera las páginas de la revista *O Kyklos*.

Kazantzakis penetró a fondo en la vida cultural de la España de ese momento, conoció de cerca a creadores e intelectuales de todas las corrientes y edades. Aparte de los mencionados en páginas anteriores conoció también a Ramón de Valle Inclán, a Luis Cernuda, a Gerardo Diego, a Dámaso Alonso, a Concha de Albornoz, al marqués de la Vega Inclán, a Máximo José Khan... Su amistad con varios de ellos se conservó a través de los años. En 1938, antes de terminar la guerra hospedaría en Atenas y en Egina a Rosa Chacel y su pequeño hijo Carlos, mientras esperaban a reunirse con Pérez Rubio para partir al exilio. Rosa traduciría obra suya después y su amistad se mantendría firme.

Lorca fue siempre capítulo aparte para él, desde que lo vio en el Paraninfo de la Universidad de Madrid, a fines de 1932, durante la representación de *La vida es sueño*, de Calderón: “Jovencísimo, de belleza gitana, inquietud y fuerza. Brillaba. Soñaba con el renacimiento espiritual de su patria, conforme a las tradiciones de su raza. [...] Lorca era de los jóvenes más potentes que tenía aquel mundo en aquel momento”.⁵⁷ Y lloró la pérdida de una de las grandes promesas de su tiempo.

Nadie más alejado que Kazantzakis de las modas y de lo fácil. Su idea de insistir en el cultivo de la traducción y en buscar para Grecia opciones diferentes a las trilladas respondía a principios para él inviolables: Ofrecer sólo lo mejor. De los poetas españoles afirmó que admiraba de ellos el esfuerzo y la pasión con que trabajaban y fue así como los presentó a sus contemporáneos en Grecia. Resumió con estas palabras su interés por la poesía española de entonces: “Alimentados como estamos por la literatura francesa —que tan alejada se encuentra de nuestra idiosincrasia como pueblo— pasamos por alto y desconocemos las manifestaciones intelectuales de otros pueblos, mucho más afines a nosotros. De esta manera empobrecemos nuestras posibilidades creativas, perdemos

⁵⁷ “Federico García Lorca. El poeta español asesinado”, en: *Kathimerini*, 11 de enero de 1937.

oportunidades de contacto fértil, nos perdemos siguiendo rastros tan contrarios a la trayectoria natural de nuestra raza”.⁵⁸

No existe duda de que Kazantzakis conoció la ya legendaria *Poesía española. Antología 1915-1931*, de Gerardo Diego, que publicó en 1932 la editorial Signo en Madrid. No sólo se encuentra el volumen en la biblioteca que dejó, al lado de muchos otros libros en español, sino que al compararla con su trabajo se pone en evidencia que fue una de sus principales fuentes. Tomó de Diego el modelo organizativo, presentó las Poéticas y una semblanza de cada autor, pero realizó su propia selección y acudió a sus propias fuentes para realizarla. Además, conoció y trató a muchos de los poetas, quienes le obsequiaron sus libros y le señalaron los textos de su preferencia. Ya en su primera versión de *Viajando: España en 1927* había introducido poemas de Altolaguirre, Jiménez y Diego traducidos por él. Una diferencia respecto a la antología de Diego es que Kazantzakis incluyó voces femeninas

Es lamentable que Kazantzakis no hubiera pensado en recoger este material en un libro. Tan lamentable como que la propuesta no sólo de recuperar del olvido este trabajo suyo,⁵⁹ sino sus artículos periodísticos y todos sus escritos relacionados con España, hayan caído en saco roto a lo largo de muchos años, igual que nuestra traducción editada de *Viajando: España* que resultó un principio vano. Ni las grandes ni las pequeñas editoriales se interesaron por el proyecto. Acaso, como le ocurrió a su autor en muchas ocasiones, ni siquiera se tomaron la molestia de leer la propuesta o, peor aún y más que probable, ésta quedó atorada en el laberinto de intereses creados a los que no son ajenos ni el mundo editorial, ni el académico. Ya se verá.

Con respecto a esta parte de su obra los malos entendidos y las tergiversaciones, que abundan, se deben sólo al desconocimiento cabal de sus ideas y convicciones.

La deuda de España con Nikos Kazantzakis es enorme. Es probable que muchas de sus opiniones escuezan a muchos, pero amó a ese país y deseó como pocos que pudiera liberarse de sus lastres para brillar como lo merece en el horizonte.

Al marcharse de ella a fines de 1936 sentía que la abandonaba a su suerte: “La visión de España atribuló ya mi corazón... Vi, oí, sentí cosas que no se pueden escribir y que al quedar guardadas así en el corazón lo afligen... [...] Pongamos fin a todos estos días sangrientos con los versos del gran lírico español Juan Ramón Jiménez: Saco mi esperanza, igual / que una deslumbrante joya, / de mi corazón

⁵⁸ “Poesía Lírica Española Contemporánea”, en: *O Kyklos*, núm. 2, abril de 1933.

⁵⁹ La investigación y compilación del material preparada para edición bilingüe, prologada y anotada no llegó a editarse, por causas ajenas a nosotros. Copia de ella fue depositada en el Museo Kazantzakis, que se encuentra en Myrtiá, Creta, y está a disposición de todo lector interesado.

—su caja—, / la paseo entre las rosas, / la mimo, como a una hija, / una hermana, o una novia, / la miro infinitamente, / ...y la guardo, otra vez, sola”.⁶⁰

1950: el cuarto y último viaje

Finalmente, del 5 al 22 de septiembre de 1950, cuando sintió que no debía aplazar más una deuda personal, Kazantzakis realizó un doble sueño: Un último *peregrinaje* con duración de quince días a España: Barcelona, Tarragona, Vitoria, San Sebastián, Valencia, Alicante, Granada, Córdoba, Madrid, Burgos y, sobre todo, Toledo, en auto, en compañía de su mujer Eleni y dos amigas, para despedirse del país de su corazón y de su abuelo espiritual El Greco.

Addenda

México

En noviembre de 1945, el primer ministro de Grecia, Themistoklís Sofoulis, propuso a Kazantzakis apoyar a su gobierno como ministro sin cartera, con el fin de poder enviarlo a Estados Unidos, Inglaterra y México, a pedir ayuda para la reconstrucción de su país. El escritor trabajó febrilmente para preparar los expedientes necesarios. El ambiente le era hostil. Kazantzakis era conocido por sus ideas de izquierda, además era presidente honorario de los socialistas griegos, en tiempos de rabiosa persecución a los comunistas. El gobierno griego estaba totalmente sometido a los designos de Inglaterra que, en el caso de Grecia, simplemente había sustituido a los ocupantes alemanes; supervisaban las finanzas, la administración y la defensa y aseguraban los suministros básicos. Kazantzakis no soportó el servilismo del gobierno y renunció el 20 de enero de 1946. Pero el interés por Estados Unidos y México había calado.

En junio de ese año fue invitado a Inglaterra por el Consejo Británico, con el fin de que pudiera entrar en contacto con los representantes de las artes y las letras y para tratar con ellos la situación de la cultura en la postguerra. Kazantzakis propuso la creación de una Internacional del Intelecto, además hizo declaraciones sobre la situación en Chipre. En septiembre participó en el plebiscito sobre el futuro de la monarquía en Grecia, a la que se opuso, aunque los resultados amañados favorecieron el restablecimiento de ésta.

El Plebiscito en Grecia se hizo conforme a los métodos conocidos. Los señores del Consejo Británico se molestaron porque su invitado votó telegráficamente por la República.
—Nos había prometido que no se mezclaría en política mientras estuviera en Inglaterra...
—No recuerdo —contestó Nikos extrañado— haber renunciado a mis derechos

⁶⁰ “Epílogo”, en: *Kathimerini*, 17 de enero de 1937.

ciudadanos cuando acepté su amable invitación. Participar en un plebiscito del cual depende el futuro de tu país es, creo, la primera obligación de una persona responsable.⁶¹

Su salida de Inglaterra pocos días después coincidió con una invitación del gobierno francés, que aceptó.

El 1º de mayo de 1947, Kazantzakis fue nombrado consejero para asuntos literarios en la UNESCO, en el departamento de traducción de obras clásicas. Tenía encomendado elaborar el trabajo preliminar respecto a cómo organizar la traducción a diferentes idiomas de todos los libros claves de todas las épocas en las diferentes ciencias. Su trabajo sería presentado en la Segunda Conferencia General de la UNESCO, que se realizaría en México del 3 al 8 de noviembre. “Enorme plan, que haré lo posible por concentrar y reducir, para hacerlo *réalisable*. Surgen innumerables problemas: ¿Qué libros se consideran clásicos (en el sentido amplio?, ¿cómo elegirlos?, ¿quién y cómo los traducirá?, ¿cómo y quién los editará? Trataré de poner un poco de orden en el caos, si me dejan. [...] Espero terminar pronto con el *rapport* en la UNESCO para poder estar un rato en México, y después me entregaré de nuevo a la soledad”.⁶²

Y cuatro meses después: “A finales de octubre me voy a México para defender en la *Conférence générale* de la UNESCO el *rapport* que hice para la traducción de todas las obras importantes que ha hecho el hombre hasta hoy. Me quedaré un mes en México”.⁶³

Kazantzakis no fue a México: A última hora decidieron que “su presencia era más necesaria en París”. “Así pues, tal vez me quede en la UNESCO hasta la primavera, y con el dinero que he ahorrado en N[ueva] York me vaya a América (tal vez a México), donde me quedaré algunos meses, para que mis ojos vean mundo nuevo y para consolarme. Y si encuentro tranquilidad, trabajar”.⁶⁴

El gobierno griego no le renovó el pasaporte, temeroso de que fuera a realizar actividades políticas trasatlánticas. El 25 de marzo de 1948 presentó su renuncia a la UNESCO, al considerar que su presencia allí era ya inútil.

Kazantzakis había enviado como obsequio a Prevelakis en 1936 la *Antología de poesía mexicana* de Eduardo de Ory, editada en Madrid por Aguilar ese año. Muchas veces declaró que anhelaba conocer las tierras de los conquistadores. Seguramente otra suerte hubiera corrido su obra, que fue bien recibida en el sur de América. Conocía y siguió de cerca la producción literaria de nuestro continente.

Limni, 27 de octubre-15 de noviembre de 2016. ❧

⁶¹ *El disidente*, cf. pp. 508 y 532.

⁶² *Cuatrocientas cartas*, a Prevelakis el 6 de mayo de 1947, p. 568.

⁶³ *Idem*, p. 582.

⁶⁴ *Ibid*, p. 584.